

ROMINA MERCHAK

EL DESCENSO DEL GUARDIÁN



Áurea Ediciones

Prólogo

El gran pacto

Hace miles de años, cuando la Tierra era joven y el primer aliento de la humanidad apenas rozaba el infinito, los ángeles caminaban entre los mortales. Eran guardianes de la creación, arquitectos del equilibrio entre las dimensiones, y su luz guiaba a los hombres por senderos de sabiduría y esperanza.

El Creador, en su vastedad, los formó con el primer fulgor del firmamento. No fueron creados para adorar, sino para construir. A ellos se les entregó el cielo, el tiempo y la materia, y con sus manos dieron forma al mundo.

Pero su mayor tarea no fue crear montañas ni encender los mares. Su verdadera misión fue guiar a la humanidad. Enseñarles. Caminar junto a ellos en los días de la primera creación.

Frágiles, pero llenos de asombro, los humanos despertaron en un mundo donde los cielos aún no conocían límites.

Se reunieron bajo una sola voz, un solo trono se alzó sobre los hombres en la llamada Era de la Corona Única, guiando a los pueblos bajo una voluntad. La grandeza fue breve, el poder concentrado se convirtió en abuso y el equilibrio se quebró. Entonces, los cielos intervinieron, trazando una geometría de límites: siete reinos, en reflejo de siete legiones, para que ninguna corona pudiera concentrar todo el poder.

Fue en ese tiempo remoto, en que nació el Gran Pacto, una alianza sagrada que definió para siempre la relación entre el cielo y la tierra:

I. Los humanos honrarían a los ángeles como guías divinos, reconociendo en ellos el reflejo del Creador y el puente hacia lo eterno.

II. Los ángeles compartirían los secretos de las estrellas y los misterios de la vida, velando siempre por la humanidad, en contra de las sombras que acechaban más allá del entendimiento.

III. Jamás un ángel intervendría en el destino de los mortales sin el mandato del Consejo de Generales, pues el libre albedrío era la esencia del alma humana y la piedra angular de la creación.

IV. Y sobre todo, quedaba prohibido que un ángel amara a un humano más allá de la pureza de su misión, pues tal unión podría fracturar el delicado equilibrio entre los mundos.

Bajo estas leyes sagradas, los reinos de la humanidad prosperaron. Los mortales aprendieron artes, ciencias y secretos divinos; mientras tanto, los ángeles observaban, silenciosos y vigilantes, tejiendo un equilibrio frágil entre el cielo y la tierra.

El Firmamento, suspendido entre dimensiones, vibraba con la armonía de ambos mundos. Era un tiempo en que los nombres de Samael y Miguel aún no eran sinónimo de discordia, sino de unidad perfecta, nacidos juntos de un mismo fragmento de luz.

Pero las leyes celestiales, por perfectas que fueran, ocultaban un temor ancestral: que los corazones de los ángeles, libres de odio, pero no de amor, pudieran sucumbir al más humano de los deseos.

En ese tiempo, poco antes de que el Gran Pacto se rompiera, Samael respondió al llamado de Leyana. En un antiguo templo olvidado, ella realizó un ritual ancestral, buscando advertir a los ángeles sobre el peligro que acechaba su mundo. La inminente muerte de su padre, el rey, y la ambición desmedida de su hermano amenazaban con destruir el delicado equilibrio entre el cielo y la tierra.

Cuando Samael apareció ante ella, lo hizo con la solemnidad de su naturaleza celestial, su presencia imponente llenando el templo con una luz etérea. Al principio, sus palabras fueron distantes, frías, pero las de Leyana, cargadas de valentía y desesperación, atravesaron las barreras de su deber. En ella, Samael vio algo que lo desconcertó: una luz capaz de desafiar las sombras, una humanidad que nunca antes había comprendido.

Poco después de su encuentro, el Gran Pacto fue roto. Los cielos cerraron sus puertas, y los ángeles, atados por sus propias reglas, se retiraron, dejando a la humanidad a

merced de su codicia y ambición. Pero Samael no podía apartar la mirada de la tierra ni olvidar el rostro de Leyana. La conexión que se había formado en aquel templo creció hasta convertirse en un vínculo inquebrantable que desafiaba todas las leyes divinas.

Mientras los mortales caían en la oscuridad, Samael comenzó a cuestionar las mismas reglas que juró proteger. Leyana, su luz en medio de la tormenta, despertó en él algo que nunca debió existir: una chispa de rebelión que creció hasta convertirse en un incendio que consumiría los cielos. De esa unión, surgió un eco que resonaría por toda la eternidad, un eco tan poderoso que cambiaría para siempre el destino de los mundos.

Nadie imaginó que un solo ángel, creado para proteger y no desear, podría desafiar las leyes celestiales. Nadie imaginó que la chispa de un amor prohibido encendería un fuego tan voraz que fracturaría el cosmos mismo.

Y así fue.

Un solo sentimiento, puro y mortal, cruzó los límites del cielo y la tierra, transformándose en una tormenta que sacudió los pilares de la creación. Los ángeles, guardianes de las leyes divinas, se dividieron. Los hombres, vulnerables y ambiciosos, se sumieron en guerras. De la unión entre un ángel y una humana nació un conflicto que no solo fracturó el cielo, sino que desató la mayor guerra jamás concebida, un enfrentamiento entre la luz y la oscuridad que redefiniría para siempre el destino de los mundos.

De ese cataclismo surgieron leyendas que sobrevivieron al tiempo, ecos de una historia que pocos se atreven a contar: una historia de rebelión y redención, de sacrificio y amor. Una historia donde un ángel cegado por su amor a la humanidad y a una mujer desafió al cielo mismo, acep-

tando su caída para proteger lo que creía justo.

Esta es la historia de Samael. La historia de cómo la devoción se convirtió en rebeldía, de cómo la fe dio paso a la lucha, y de cómo un amor prohibido encendió el fuego que forjaría un nuevo destino para ángeles y humanos por igual.